

## Dos "orejanos" que triunfan

EL canturreo tintineante de las kintipos se había detenido. Bajo la luz acuosa del taller, grisácea en sus reflejos de plomo, un rinto reconocible pero casi olvidado sustituía con ventaja a la tensión sincopada de las matrices. Guitarra y bombo, dos voces jóvenes comunicando sin esfuerzo en el centro de un ambiente duro y hasta hurafío a primera vista. La canción aludía a Treinta y Tres, hombres y paisaje de un terruño que se sentía como propio a través de ese asordinado recuerdo. Había una suerte de trémulo amateurismo en la nostálgica aproximación, pero algo más fuerte y sentido que el oficio que se sentía como propio a través de ese asordindo guitarra y bombo, en esas dos voces jóvenes había sinceridad.

Casi un año después de aquella noche —matizada luego por la recreación morosa y sensible de un mundo pueblerino colmado de humor, de calidez humana, de sensibilidad,— el mate hace la rueda en una habitación de hotel, crudamente blanca en atención al lugar común pero salpicada por la pasión de los protagonistas y la caída de la tarde entre edificios sólidos y fríos. Los veinte años aplomados de Braulio López y José Luis Guerra han madurado casi a presión en estos once meses, pero la sinceridad entrevista entonces sigue siendo la misma.

HABIA fiesta en una estancia de Treinta y Tres, Braulio estaba por ahí, cantando. Y José Luis, por otro lado, también. De pronto se encontraron cantando juntos, y de la conjunción imprevisible de esa noche nacerían, en 1960, "Los Olimareños". El confeso propósito: "desenterrar tanta cosa linda que no se conoce, reflejar el hombre y el paisaje de Treinta y Tres, del Uruguay, cantar los problemas del pueblo".

Antúnez, representante y amigo, colabora con apasionado acento en la precisión expresiva de esas intenciones, a través de una charla vibrante que amenaza reiterarse en casi toda oportunidad. Y hay que reconocerle un derecho a esta explosiva sinceridad, en un momento en que el tér-

mino "folklore" se reproduce indiscriminadamente bajo el manto protector de un publicitado auge con mucho de snobismo y muy poco —aunque valioso y bienvenido— de aproximación respetuosa y sensible. El viejo tema, forma y fondo, se repite, pero en este caso no parece inútil empezar por el continente: "hay muchas cosas que son lindas y son preciosas pero son formas poéticas completamente anti-pueblo; nosotros queremos estar con los pies en la tierra, queremos buscar la expresión que surge realmente del pueblo, creemos que hay demasiada literatura y que recién ahora estamos mirándonos un poquito a nosotros mismos".

Y hay una negación comprometida hacia estas "letras lindas que no dicen nada", porque "Los Olimareños" se han trazado un camino que no reconoce claudicaciones: "no apartarnos de la pureza, de la sencillez". Las guitarras, boca abajo sobre la cama, son testigos transitoriamente mudos de esa lucha de todos los minutos. "Los Olimareños" son hoy, a un año del comienzo de su "patriada", vastamente conocidos: se les cuenta entre los conjuntos de figuración casi obligada en todo espectáculo de expresión folklórica, han grabado dos discos y piensan completar el tercero antes de fin de año, viajan a menudo por el interior y en Buenos Aires —donde han estado ya una vez, con marcado éxito— tienen trabajo seguro cuando lo deseen. Y, sin embargo, ese triunfo ha sido construido trabajosamente, contra la corriente del éxi-

to fácil y del comercialismo. Porque no cantan nada que no sea de autor nacional, que no tenga "sabor a tierra", porque cantan siempre "con sentido social", porque practican "un repertorio duro, casi violento", porque entienden que el folklore es la expresión del pueblo, "de su miseria, de sus necesidades, de su alegría y de su dolor". Porque, en sus palabras, radioemisoras y canales de televisión, "preferieren algo más blando más comercial".

En el recuento de esa dura pendiente surgen nombres que merecen el recuerdo: Ruben Lena el maestro de Treinta y Tres, Oscar Pietro, el guitarrista de los primeros pasos, Eustaquio Sosa, Bolívar Sampayo, Víctor Lima. Y surgen también las reflexiones y los propósitos: no apearse de la lucha emprendida seguir cantando al pueblo con voz de pueblo sobre temas de pueblo. Antúnez no elude la frase hecha —"el pueblo es el juez definitivo"— y Braulio López subraya la confianza del conjunto con un expresivo "la cosa se viene, se viene". Guitarra y guitarra, dos voces jóvenes y sinceras, "Los Olimareños" reencontrarán esta noche, por enésima vez su chúcaro y positiva rebeldía en las estrofas del "Orejano" al que pusieran música:

"porque cuando tengo que cantar verdades, las canto derecho nomás, a lo macho, aunque esas verdades amuestran bicheras ande naides creiba que hubiera gusanos".

(Para concurso "Acentuar los valores")